

cos de su tiempo. También era rasgo característico de Rosmini su capacidad para la síntesis de puntos de vista en apariencia diversos. En apoyo de estas afirmaciones aduce la doctrina política de Rosmini, que postulaba un Poder ejecutivo fuerte capaz de conseguir sus fines, mientras es uno de los iniciadores del Estado de Derecho, en opinión de Carlo Gray. También la defensa del principio de las nacionalidades, pero sometido a la justicia universal, sin egoísmos nacionalistas.

De esta tendencia a la armonía se deriva su teoría de los equilibrios políticos entre los varios elementos que intervienen en el desenvolvimiento de la vida social, expuesta en la segunda parte de su Filosofía del Derecho, y que son cinco en total, de carácter dinámico y cambiantes según las circunstancias. Lo más digno de nota, según Bozzetti, son sus ideas respecto al equilibrio que debe existir entre la población y la distribución de la riqueza, donde se adelanta a la formulación marxista del problema social y propone una solución basada en la dignidad mínima de la persona humana, y a la interdependencia entre política y moral. Es de prudencia política tener en cuenta la diferencia entre bienes económicos y morales, no debiendo exceder los primeros a los segundos, pues el hombre es un ente moral cuyo bien eudemonológico coincide con el bien moral y la política, en definitiva, trata de conseguir el bien humano. Muy interesante la observación final sobre la íntima penetración de moral y religión en el sistema de Rosmini.

Por el motivo ocasional de esta comunicación se insertan algunas apreciaciones sobre la actualidad política italiana que no se relacionan directamente con la exposición de las ideas rosminianas sobre la cuestión estudiada.—RAFAEL CASTEJÓN.

MACK (M. P.): *The fabians and utilitarianism*, en «Journal of the history of Ideas», vol. XVI, núm. 1, enero 1955 (páginas 76-88).

Los fabianos rechazaron explícitamente toda conexión intelectual o política con los utilitaristas. Estos eran, para ellos, filósofos radicales, individualistas, partidarios del *laissez-faire*, nihilistas respecto a la administración. A pesar de

todo, la autora de este artículo muestra las curiosas analogías entre ambos movimientos. Primero, en los temperamentos y circunstancias personales de sus fundadores. Jeremías Bentham y Sidney y Beatriz Webb tienen en común «una capacidad de Gargantúa para el trabajo», «probablemente ninguno de ellos pasó un auténtico descanso, no haciendo absolutamente nada». Todos ellos vivieron una vida muy larga; no tuvieron preocupaciones económicas, estuvieron rodeados de discípulos y admiradores. Los Webb repiten así en su tiempo el papel de Bentham en el suyo. Coincidencias también en el fin general de su actividad y en sus métodos. Los tres quieren llevar a cabo una especie de criticismo constante y constructivo, y odian las utopías. Para todos ellos es urgente «el examen y crítica de las instituciones antes de la reconstrucción social». Por eso quieren instituir una ciencia empírica de la política. Para Bentham esta ciencia había de ser paralela, en método y validez, a las ciencias físicas; para los fabianos, a las ciencias naturales. Bentham la llama ciencia moral; los fabianos ciencia social. Ambos, sin embargo, asumen hipótesis de tipo metafísico a su base.

En el aspecto práctico, ambos movimientos tienen una cierta organización: están interesados en la educación del mayor número posible, como estadio inicial para sus reformas, y persiguen una acción política directa mediante la representación parlamentaria. De todos estos propósitos prácticos, quizá el de mayor relieve ha sido el enunciado en primer lugar. Siguiendo las huellas de los utilitaristas, los fabianos comienzan con conferencias libres, y en 1890 fueron dadas casi un millar. Más tarde organizan una *Research Society*, se conectan con el *University College* de Londres, y en 1895 los Webb llevan a realidad su proyecto más querido, fundando la *London School of Economics*.

¿Qué significan —se pregunta finalmente la autora— estas semejanzas entre utilitaristas y fabianos? Quizá, de un lado, manifiesten la fuerza de las instituciones establecidas, que hace que, incluso los que quieren romper sus moldes sientan su influjo. Pero, de otro, indican algo más. A pesar de sus fervientes negaciones, los fabianos poseen una fuerte herencia utilitaria. Gracias al esfuerzo de muchos investigadores sabemos ahora que Bentham puede ser

llamado mejor el padre del colectivismo británico, que el padre del individualismo. «Los fabianos son los descendientes directos de Bentham, vía Chadwick y Foster».—E. G. A.

PRETI (G.): *Materialismo storico e teoria dell'evoluzione*, en «Rivista di filosofia», Torino, 1955, vol. XLVI, enero, núm. 1, págs. 18-49.

La primera exposición que Marx hizo del materialismo histórico y la de mayor interés filosófico está en la *Ideología Alemana*. Marx enuncia aquí una serie de presupuestos realistas para elaborar una ciencia de la historia, y el primero y fundamental de estos presupuestos es que «toda historia humana requiere la existencia de individuos humanos vivientes». A esto agrega que los individuos son los que hacen su propia vida, explicitándola en el proceso de las relaciones históricas. Con este supuesto, pues, se concluye que el hombre es el único animal que yuxtapone a la evolución natural una historia que es solamente suya. Esto es evidente; el hombre, en cierto modo, se auto-produce. Pero esta autoproducción plantea el problema límite del momento inicial del proceso. Desde luego, desde cierto punto de vista podemos vincular el comienzo de la auto-producción humana al momento en que la producción de carácter inter-humano, acompañada de cambio, sustituye a la pura nutrición por los productos de la tierra sin más. Ahora bien, en el orden del proceso natural, ¿en qué momento ocurrió esto? Es decir, ¿cuándo aparece el hombre como tal? De las diversas hipótesis que se han formulado, hay que rechazar la teoría de la creación, que se apoya en un ser super-humano que hubiera producido las cosas de la nada. El hombre auto-creador comienza en un momento geológicamente determinado como procedente de una cierta mutación. Posteriormente, según la teoría de la evolución tal y como hoy se entiende esclarece, el hombre auto-creador está en todo caso determinado por el medio sobre el cual el propio hombre ejerce su poder transformador. Todas las pruebas que poseemos tienden a demostrar que la vida haya surgido espontáneamente de lo inorgánico, es decir, sin intervención sobrenatural y por obra del proceso sobrenatural. De este modo, el hombre

queda reducido al hombre y la progresión lineal de la civilización es obra exclusivamente humana. La interrelación funcional de los factores externos y de los caracteres intrínsecos al organismo humano, provoca la selección natural como principio determinante del proceso evolutivo. Selección natural que no significa la romántica supervivencia del más fuerte, sino mejor una reproducción diferenciada. De tal reproducción diferenciada surgen los distintos estadios de la especie humana hasta llegar al actual, y en cada uno de ellos el hombre ha puesto en el proceso histórico una visión unitaria y final. Esta visión unitaria y final no está en la naturaleza, sino en el hombre. De este modo, el ser humano viviente es el principio y el fin, en cuyo principio y fin surgen las necesidades exclusivamente humanas a las que Marx se refería.—E. T. G.

WILLI (Victor): *Soziologie und Existentialismus*, en «KYKLOS, Internationale Zeitschrift für Sozialwissenschaften», Basilea, VII, 1 y 2, 1954, páginas 125-165.

En muchos aspectos existen concordancias entre la Sociología y el Existencialismo. Como primera cosa, estas disciplinas se aproximan bastante en lo que concierne a su origen y desenvolvimiento: por de pronto, su descubrimiento entre 1830 y 1840; por otra parte, el hecho de haber sufrido la influencia de sistemas filosóficos parecidos y de que ambas disciplinas constituyen una reacción y una prolongación de esos sistemas. Pero de lo que se trata es de saber si estas concordancias son «características» o meramente «accidentales». Profundizando en el problema se llega a la conclusión de que existen, evidentemente, relaciones estrechas entre la «Sociología del Conocimiento y la filosofía existencialista. Esta relación, bastante estrecha por cierto, no debe llamar mucho la atención. Si es verdad que la filosofía es la expresión de la condición humana y que ella corre la suerte del hombre en el curso de la historia, es de presumir esta relación entre dos fenómenos modernos actuales; antes que nada, porque se la descubre constantemente en las ciencias morales, en donde la condición humana significa, en realidad, co-existencia humana, y la filo-